MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

SANTA TERESA.

ROMANCE ANECDÓTICO.

NARCISO GONZALEZ DE MESA.

HABANA

IMP. DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJERCITO

1892.

SANTA TERESA.

SANTA TERESA.

SANTA TERESA.

ROMANCE ANECDÓTICO.

NARCISO GONZALEZ DE MESA

HABANA

IMP. DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJERCITO

1892.

SANTA TERESA.

ROMANCE ANECDÓTICO.

NARCISO GONZÁLEZ DE MESA

MADRID

1892.

A la Señora Doña Carlota Rueda, viuda de León,

tiene el honor de dedicar este modesto trabajo, en testimonio de su consideración, su affmo. S. S.

Q. B. S. P.

Narciso González de Mesa.

Habana 4 de Novbre. de 1892.

SANTA TERESA

(en el dia 24 de agosto de 1562.)

ROMANCE ANECDÓTICO

I.

El veinticuatro de agosto
del año mil y quinientos
sesenta y dos, allá en Avila,
ciudad que tiene su asiento
en un confin de Castilla,
y en cuyo recinto viejo
entran de empinadas *Sierras*
los estribos, en descenso,
que en ondulosas llanuras
se convierten y en mil huertos
que riega el fecundo *Adaja*,
de la ciudad á otro extremo;
el veinticuatro de agosto,
dia estival y sereno,

de férias en *Piedrahita*,
dia feriado y contento
(pues parece que los dias
se alegran cuando los pueblos,)
en ese dia *del Santo*
Bartolomé, lució el cielo
con gloriosos resplandores,
y al matutino reflejo
sonrosado, de la aurora
con los colores más bellos
se iluminaron los campos,
y con la luz sonrieron.

II.

Manso murmurando el rio,
remedaba un canto tierno
con su tranquila corriente,
y eran sus aguas espejos
donde se miró la aurora
al asomarse en el cielo
entre cortinas de grana
y sobre nubes de incienso.

III.

En las copas de los árboles
movidas por blando viento,
se alzaba un dulce susurro
entre las hojas, de besos;
y en las ramas, columpiados,
muchos pájaros diversos
entonaban sus cantares
de alabanzas al *Eterno*.

IV.

El veinticuatro de agosto,
dia estival y sereno,
dia de apacible aurora,
lució con colores bellos,
como nuncio y cual testigo
de la bendición de un templo.

V.

Era el edificio pobre
en riqueza y en aspecto,
si bién mansión de virtudes,
de la *Gracia* y la *Fé* lleno.
Parece que en este dia
quiere saludarle el cielo,
según le dora la lumbre
de los albores primeros
cuando el mundo se despierta
entre cantares y rezos
al compás de las campanas
que dicen con golpes lentos:
"El hombre, cual la Natura,
himnos entone al *Excelso*."

VI.

Luce un altar revestido
en el pobre monasterio
que por vez primera al culto
se abrirá en el dia mesmo.
El *Breve* llegó de Roma
que le autoriza, y ya presto
será bendito, y la base,
junto con aquel convento,

de la reforma *del' Orden*
de las monjas del Carmelo.

VII.

Allí *profesas descalzas*
adorarán al *Eterno,*
entre votos de pobreza
y amoroso y santo fuego.

VIII.

Mientras sonrie la aurora
en el campo y en los pueblos
y entonan las avecillas
sus cantos dulces y tiernos,
y en el valle umbroso el rio
sus luces devuelve al cielo,
colorándose las mieses
con los vívidos reflejos;
mientras todo se rebulle
en los montes y en los setos;
mientras en Avila duermen
los nobles y los plebeyos,
en la solitaria nave
del aún oculto templo,
al pié del altar, de hinojos,
con santo recojimiento
reza una monja, alumbrada
por resplandores inciertos
de dos encendidas velas,
y por esos tintes medios
que envía la luz diurna
á las tumbas y á los templos,
si para los ojos poca
asaz para el pensamiento.

IX.

Tiene cruzadas la monja
las dos manos sobre el pecho
y los ojos elevados
hácia el altar, hácia el cielo.
Se ilumina su semblante
con su piedad, que es reflejo
de la luz que Dios le envía
para darle fé y aliento.
Y á Dios invoca en voz alta,
llena de fervor.

X.

El eco
fué repitiendo sus frases
por el vacío del templo.
De las mortecinas luces
las llamas por un momento
brillaron con más viveza,
alumbrando sus destellos
la mirada de la monja,
fija, dirigida al cielo,
como la fijan los Santos
en santos arrobamientos.

XI.

Cuatro pálidas doncellas
entraron á poco tiempo
en la iglesia, y se arrodillan
para rezar en silencio.
Cuatro vírgenes humildes
llenas de fervor y celo,
hermosas como la aurora,

apacibles cual corderos,
dulce la mirada y firme,
tranquilo el rostro sereno,
las blancas manos cruzadas,
descalzos los piés pequeños,
hácia la tierra la vista
y hácia Dios el pensamiento.

XII.

Allí llegan, compañeras
para ser en santo encierro
de *Teresa de Jesús*,
fundadora del convento;
la que disciplina quiere;
la que abrasada del fuego
de amor á Dios, hinojada
sigue después de su rezo,
en éxtasis, con la vista
extraviada en el cielo,
porque mira con el alma
al través del pensamiento;
y ama al *Señor* y le siente;
y oye la voz del *Eterno*;
y se rrroba, cual los justos
que le alcanzan para verlo.

XIII

Ella no le vé: le alcanza;
le mira su entendimiento;
su corazón le comprende;
y su amor le abrasa el pecho.

XIV.

Pone el Señor lo que el alma

quiere que entienda, muy dentro
del alma misma, y lo muestra
sin palabras ni portentos,
sin imágenes, sin formas (1),
pero tan claro y tan cierto,
que lo comprende *Teresa*,
lenguaje por ser del cielo;
sublime interna harmonía;
dulce, mistorioso acento;
música tierna; esperanza;
canto inefable; consuelo;
aurora de luz radiante;
amor de verdad, inmenso;
soplo del divino espíritu
vibrando en el sentimiento
que siente, mira y escucha:
que siente dichas sin cuento
y mira infinitas glorias
y oye voces sin ejemplo,
imposibles de expresarse
voces, glorias y contentos,
pues misteriosos se muestran
del alma dentro, tan dentro,
que ni áun explicarlos puede
el que los siente, sintiéndolos.

XV.

Y allí permanece, extática
la mirada, el rostro yerto,
inmóvil, como un cadáver
arrodillado en el suelo,
aquella monja del Carmen,
á quien andando los tiempos
se veneró por ser Santa,
gloria del hispano pueblo.

XVI.

Es su regidez la muerte
de la materia; que el fuego
todo de la vida al alma
el espíritu en su vuelo
se llevó; y el alma fuese,
sin calor dejando al cuerpo,
con suavidad, poco á poco
aminorando el aliento,
entre deleites que tornan
dulce del frío lo intenso.

XVII.

Súbesele en tanto el alma
á la mansión del *Supremo*,
por el *Señor* levantada
desde la tierra hasta el cielo
para mostrarle las dichas
que le reserva en su *Reino*,
sin prevenir de Teresa
ni la voluntad ni el miedo:
como suelen los vapores
de la tierra subir presos
con las nubes, que ligeras,
empujadas por los vientos,
cruzan las capas flotantes
de la atmósfera, y reflejos
del Sol reciben más vivos,
cerca estando de su fuego (2).

XVIII.

Así permanece en éxtasis
la que hubo de ser portento,

Santa, doctora, prelada,
honra de España y su pueblo,
honra de la Iglesia, y honra
de sus padres y sus deudos;
la reformadora ilustre
de las monjas del *Carmelo*;
sierva de Dios escogida
que su amor guardó en el pecho,
y por su llama abrasada
cantóle inspirada luego:
—"¿Qué muerte habrá que se iguale
á mi vivir lastimero?"
—"Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero."
—"Quiero muriendo alcanzarle,
pués á él solo es el que quiero (3)

XIX.

Así permanece en éxtasis,
rígido el inmoble cuerpo,
la que noble dama un día,
en el Abulense suelo
vió la luz el año quince
del siglo décimo-sexto.
La que en el mundo llamóse,
del apellido materno,
doña *Teresa de Ahumada*,
nieta de nobles abuelos,
hija de piadosos padres
hijos de cristianos viejos.

XX.

Y sigue Teresa en éxtasis
al pié del altar del templo,

vestido el hábito humilde
de las monjas del *Carmelo*;
y fué doncella garrida,
y de belleza un portento,
dueña de joyas y galas,
allá en sus años primeros:
flor primaveral, hermosa,
sobre su tallo enhiesto
columpiada á las caricias
engañosas de los cefiros,
los perfumes de su cáliz
para robarle y sus pétalos;
más antes que el fresco soplo
se tornase en crudo cierzo,
antes que la flor lozana
mirase su cáliz seco,
su aroma desvanecido,
rotas sus hojas y al viento,
de su corola los broches
cerró, y evitó los besos
de los fieros huracanes
que empiezan por tibios éuros.

XXI.

Mientras de Teresa dura
en el sobrepticio templo
el éxtasis, mudas preces
elevan las que acudieron.
cuatro doncellas humildes,
para compartir su encierro,
semejando, arrodilladas,
cuatro estátuas del silencio.

XXII.

En tanto amanece el día
y ya se doran los cerros
al resplandor de la lumbre
del solar rojizo fuego;
pero en Avila son pocos
todavía los despiertos
y sólo los campanarios
sacuden, al sol, el sueño.

XXIII

De la *seráfica madre*
el alma volvió á su centro,
des las celestes alturas
hasta la tierra volviendo.
Y se animó su mirada,
y se caloró su cuerpo,
y en su rostro, sonriente
aún el celestial reflejo,
de la esperanza la dicha
se mostró, cual queda impreso
siempre el placer en la cara
siendo quién la siente el pecho.

XXIV.

Poco á poco fuese alzando
Teresa del duro suelo.
De pié se puso y el rostro
en su derredor volviendo,
miró á las novicias cuatro,
abismados en sus rezos.
A ellas se llegó: al sentirla
ellas venir, se pusieron

en pié las cuatro, las manos
siempre cruzadas al pecho,
siempre la vista á la tierra,
siempre el semblante modesto.

XXV.

Los brazos tendió Teresa
en señal de paz, y á un tiempo
las cuatro doncellas castas
los brazos también tendieron,
y al blanco altar dirigidas,
siempre á Teresa siguiendo,
sobre las gradas se hincojan.
El himno entonó su acento,
Veni, Creator Spiritus.
A su voz llenose el templo
de misteriosa harmonía
repetida por los ecos,
que al escapar de la bóveda
por un ventanal abierto,
llenando van el vacío
de sones dulces y tiernos
por las brisas murmurados,
esparcidos por los vientos,
para ser de la floresta
el harmónico embeleso
cuando en las añosas ramas
de los pinos gigantescos,
enredados, de cada una
cuerda vibradora haciendo,
un himno también entonan
al autor del Universo.

XXVI.

Las siervas de Dios terminan
su oración, y el Sol primero
en hilos de luz envía
un rayo, que macilento
se vuelve al pasar los vidrios
del alto rosetón, y recto
baja á iluminar el grupo
de las que alzaron el rezo,
inundando sus semblantes
pálidos, con los destellos
de esas tibias claridades,
anunciadoras del cielo.

XXVII.

Y salen de allí las cinco
por un corredor estrecho
y unas escaleras suben
del reducido convento.
En el locutorio quedan
las novicias departiendo
mientras la *priora Madre*
va á su celda, el pensamiento
llevando herido por dudas,
que súbitas le acudieron,
crüeles y tormentosas,
como suelen del infierno
ser todas las tentaciones;
y entró en su celda gimiendo,
temblorosa, casi enferma,
y casi dió contra el suelo.

XXVIII.

Juntas las abiertas manos,
medio arrodillada y medio
caida, la vista errante,
el pulso febril, el pecho
agitado, la voz muda,
turbado el entendimiento,
sin voluntad, sin memoria,
llena de agudos tormentos
y de temores enormes,
así de su celda dentro
se vió *Teresa* á la escasa
luz que le daba un estrecho
postigo, tras la cortina
entre cerrado y abierto.

XXIX.

Y oyó una voz que le dijo,
su conciencia sacudiendo:
"Ya tienes, Madre Teresa,
ya tienes el monasterio;
ya puede ser fundadora,
ya remediar los excesos,
y las reglas primitivas
ser reglas en tu convento.
Ya encontraste compañeras
que lo serán de tu encierro,
que de pobreza harán votos
para no sufrirlos luego.
Y si les faltan las carnes
para tanto sufrimiento
en vez de alcanzar la gloria
pueden bajar al infierno."

XXX.

En vano acudió *Teresa*
al alma por el remedio.
En vano pidió razones
al turbado pensamiento.
En su fé buscó un apoyo
y la fé no halló en su pecho,
ni caridad, ni esperanza,
ni saludable consejo (4):
¡sólo obscuridad terrible!
¡sólo torcedor inmenso!

XXXI.

Negrura espesa la vista
quitó á la Santa: un estrépito
escuchó, como salido
del profundo del Averno.
De las onduladas nieblas
que cual volador ejército
de sombras, en torno suyo
se hallaban en movimiento,
de cuando en cuando surgían
resplandores tan bermejos
y tan rápidos, que en vez
de alumbrar con sus destellos,
la confusión aumentaban
de aquel conjunto siniestro.

XXXII.

De *Teresa*, aquellas sombras,
comprimen el pensamiento,
y flotantes, y girando,
sobre su frente hacen peso,
y los párpados le cierran
y la entumecen de miedo.

XXXIII.

Así sentía *Teresa*
con indecible tormento
la tempestad de la duda,
aquella voz siempre oyendo
que entre las nieblas gritaba:
"Ya tienes el monasterio:
imponer las reglas, puedes,
severas de San Alberto;
pero si les faltan carnes
para tanto sufrimiento,
causa serás de que vayan
tus profesas al infierno."

XXXIV.

Teresa seguía en vano
buscando en su pensamiento,
en su alma, en su fé. "Memoria
hacer no pudo. Su celo,
pensó, que el *Señor* quería
probar con aquel misterio
y avisarle que en la tierra
no se hallan goces completos (5);
porque viene tras la aurora
la noche entre schales negros
como vienen los pesares
tras los dichosos contentos,
y auroras perennes nunca
sobre la tierra se vieron.

XXXV.

En su torcedor, Teresa
por involuntario esfuerzo

separó las juntas manos,
y ambas las llevó á su cuello;
y desprendiéndose el manto
que iba con las tocas preso
donde la garganta nace,
le dejó en los hombros suelto.

XXXVI.

Del hábito tosco encima
hallaron sus blancos dedos
una cruz de ricas piedras,
que le cayó sobre el pecho,
de una cadena dorada
prendida en los dos extremos (6).

XXXVII.

De aquella cruz al contacto
despertaron los recuerdos
de la atribulada monja,
y un rayo de luz del *Cielo*
llegó á su razón, vivísimo,
y alivió su pensamiento.

XXXVIII.

Las densas y obscuras nieblas
y los fulgores bermejos
que en sus movedizas capas
intermitentes lucieron,
cual humosas espirales,
y cual vaporosos fuegos,
de la luz del alma al brillo
llenas de temor huyeron,
librando á la casta frente
de Teresa de aquel peso

y á sus ojos de relámpagos
penetrantes y siniestros.

XXXIX.

Ya dueña de su memoria
se halla Teresa. En su pecho
ya de su *Amor* ardoroso
siente el devorante fuego.
Ya halló su fé. La firmeza
recobró su pensamiento,
y en el alma, *de su Amado*
con el amor, el deseo
de cumplirle fervorosa
cuantas promesas le ha hecho.

XL.

Ora después. Ya tranquilo,
de la Santa monja el pecho,
se incorpora con firmeza
y avanza con pasos lentos
á la ventana, y la abre,
y penetra el manso viento
matinal, y con su soplo
en la frente le da un beso.

XLI.

Desde la ventana escucha
el cantar de los gilgueros
y de pardos ruiseñores
los harmónicos gorgeos,
cuando alegres revolando
desde la higuera al cerezo
roban su nectar al fruto
dando su voces al viento.

XLII.

Y permanece *Teresa*
oyendo con embeleso,
porque todo lo que mira,
todo por su Dios es hecho;
porque todo lo que escucha
sonar en torno, poético
es un himno que levanta
á su Dios el Universo;
porque la luz que en sus tocas,
ola impalpable de fuego,
su roja vislumbre estrella,
es luz que baja del *Cielo*;
porque es poeta la Santa
en su misticismo tierno
y es Santa que no rehuye
mezclar lo santo á lo bello
cuando lo hermoso enaltece
y lo enaltecido es bueno.

XLII.

Llegan por fin las novicias
y entran de la celda dentro
y despiertan á Teresa
de su sabroso embeleso,
que ya el Obispo ha llegado
á bendecir el convento,
y es hora ya de que bajen
las cinco juntas al templo.

XLIV.

En la capilla se encuentra
del reducido convento
don Alvaro de Mendoza,

de Avila Obispo, que há tiempo
las esperanzas protege
de Teresa, amigo siendo
de las reformas y el fundo
del *Orden descalzo* nuevo.
Lleva capellanes pocos
consigo para cortejo,
pués la ceremonia exige
por ser secreta, el secreto.

XLV.

También *fray Pedro de Alcántara*,
varon de mucho consejo,
se halla presente en la iglesia:
el ha sido el consejero
de *Teresa de Jesús*,
su apoyo más firme y cierto,
y quien de pobreza el voto
persuadió, como el más recto.

XLVI.

Y también don *Juan Velazquez*,
muy principal caballero,
á la ceremonia asiste,
que él también del monasterio
es protector y él admira
de *Santa Teresa* el celo.

XLVII.

Parientes asisten pocos;
pocos allí son los deudos;
y entre las mujeres una
hay sólo extraña al convento:
Doña Guiomar de Ulloa,

quién la reforma aplaudiendo
con fervor, antes que todos
instó se llevase á efecto,
cuando lo pensó *Teresa*
por primera vez (7).

XLVIII.

El pueblo
abulense despertaba
en tanto, dejando el sueño,
y por calles y plazuelas
discurrían los plebeyos.

XLIX.

El claro sol de su frente
rayos lanzaba, serenos
mostrando los horizontes,
dorando los ágrios cerros
y volcando en las llanuras
sus resplandores de incendio.

L.

A la pequeña capilla
del reducido convento
de *Carmelitas Descalzas*,
sólo llegan los destellos
del sol hermoso de agosto
por ventanales estrechos,
derramando claridades
en la obscuridad del templo.

. . . . . .

LI.

Ya confesaron las cinco
siervas de Dios; ya sus rezos
elevan los *religiosos*
y blancas nubes de incienso
en espíricas columnas
suben al velado cielo.

LII.

El blanco altar, cual la nieve
que al sol despide reflejos,
al resplandor de cien cirios
brilla reluciente y terso.

LIII.

Todos de hinojos postrados
preces elevan al *Cielo*
mientras el digno prelado,
alzando el brazo derecho,
de Dios en nombre bendice
altar, iglesia y convento,
¡Todo es allí reverencia!
Reina profundo silencio,

LIV.

Después se celebra misa,
y al culto queda dispuesto
aquel sagrado recinto,
iglesia del monasterio.

LV.

La *Eucaristía* reciben
llenas de fervor y anhelo.

la priora y las novicias
con dulce ademán, y luego
al *Canto de gracias*, queda
en el altar, manifiesto,
por las velas alumbrado
el *Divino Sacramento*.

LVI.

Y vánse todos, y solas
quedan orando en el templo
las cinco fervientes hijas
del Orden del Carmen nuevo.

. . . . . .

LVII.

De pronto resuena un grito
como de júbilo inmenso,
y por las calles y plazas
corre la gente del pueblo
vítores dando (8), que vuelan
en alas del ráudo viento,
y llegan así, confusos,
de San José al Monasterio.

LVIII.

Salen fuera de los muros
antiguos ya, pero recios,
de la ciudad, de las gentes
los grandes gritos aquellos,
sin que al pronto se averigüe
si son de rabia, ó contento,
y por el hermoso valle
de *Ambiés*, que al nutrido riego

del *Adaja* se fecunda,
van esparcidos, ligeros,
para perderse en las cumbres
de los gigantes y escuetos
montes de cuarzo y granito
que se llaman *los Itueros*.

LIX.

¿Por qué corren? ¿Por qué gritan
las buenas gentes del pueblo?
¿Qué sucede tras los muros
que el rey Alfonso primero
reconquistó? ¿Qué sucede?
¿Son gritos quizás de miedo
los que crecientes se escuchan,
como exhalarse debieron
cuando Abderrahman furioso
volvió por sus muros viejos
y tornaron los cristianos
á ser de los moros siervos?

LX.

Nó, que gritos son de júbilo
y no gritos lastimeros
los que en la ciudad se escuchan:
gritos de grande contento,
de lejanos días algo
despertando los recuerdos
en los que la causa ignoran
del motivo del suceso,
y ante el entusiasmo, piensan
que hacerse podrán festejos
como á la esposa *de Cárlos*
el emperador se hicieron (9).

LXI.

Si de una mujer se trata
no es de una reina por cierto,
y en el popular aplauso
que alegre sube hasta el cielo,
sólo resuenan las voces,
sólo responden los ecos.

LXII.

No se levantan triunfales
arcos, ni se miran llenos
de vistosas colgaduras
los balcones, ni en el suelo
de frescas flores alfombras
se tienden; ni hay trompeteros
que pregonen sus grandezas
sobre caballos soberbios,
ni los regidores salen
vestidos de terciopelo,
ni truena la artillería,
ni cabalgan escuderos,
ni las campanas al aire
lanzadas tocan á vuelo,
ni *Sandovales* ni *Avilas*
lucen sus armas, ni el clero
sale con pálio, ni flotan
blancas banderas al viento.

LXIII.

Es que ya se sabe en Avila
la fundación de aquel templo
y aclaman á *sor Teresa*
de Jesús por todo el pueblo.

LXIV.

Es que quizás se presiente
á la *Santa* por sus hechos
y á la doctora se mira
con anticipado tiempo.
Es que hay voces que á las almas
hablan lenguaje secreto
y hacen sentir las verdades
envueltas entre misterios,
y la humanidad presiente
cual lo próspero, lo adverso,
y en su conciencia es profeta,
y sus pronósticos ciertos,
sin conocer de los sabios
las ciencias; sin otro medio
que su fé; sin otro guía
que sus instintos; sintiendo
que suceden las verdades
cual lo indica el sentimiento.

LXV.

Poco importa que se tuerzan
por poderosos esfuerzos
del alma las sensaciones,
cual en el hombre en los pueblos,
levantando tempestades
de relámpagos siniestros,
perque tras de las tormentas
vuelven los días serenos,
y la ceguedad se cura,
y á ejercer vuelve su imperio

la razón, y el alma vuelve
dueña á ser del sentimiento,
pués del sol la luz alumbra
aunque se nos nuble el cielo.

LXVI.

Así un domingo con ramos
en Jerusalén salieron,
hosanna, gritando, *hosanna*
en las alturas, tendiendo
por las calles sus ropajes
los entusiastas hebreos,
para recibir á *Cristo*
en quién el *Mesías* vieron.
Flexibles pencas de palmas,
símbolo del triunfo cierto,
gallardas y cimbradoras
del brazo á los movimientos,
y verdes ramas de olivos,
símbolo de paz, crugiendo
al compás del entusiasmo
del alborotado pueblo,
y gritos y aclamaciones
los rignos triunfales fueron
que las admiradas gentes
á el *Mesías* presintiendo
en honor de su grandeza,
sin adivinarla, hicieron.

LXVII.

Así, después, rencorosos,
vengativos y sangrientos,
lanzó sus soplos la envidia,
y *Escribas* y *Fariseos*

levantando tempestades
en la conciencia del pueblo,
sobre las ramas del triunfo.
aún no marchitas del tiempo,
sustentaron el *Calvario*,
y *El bendecido* fué muerto.
Desde el Calvario su nombre
ya saludó el universo,
y de sus santas doctrinas
los altísimos preceptos
como saludable bálsamo
para las naciones fueron.
Su nombre fué desde entonces
venerado con respeto
y la cruz de su suplicio
de los mártires consuelo.

LXVIII.

¿Qué ha de importar á *Teresa*
que al júbilo de su pueblo
no se unan grandes repiques,
ni galanuras, ni estruendos,
ni cánticos, ni lujosos
del mundo vanos festejos,
si tiene de fiesta el alma
en ella á *su Amado* viendo?

LXIX.

¿Qué han de importarle los gritos
de nobles y de plebeyos
aúnque del alma les salen,
si no es para agradecerlos,

si ella tiene su esperanza
y su ventura en el *Cielo*,
y vanidades del mundo
no le caben en el pecho?

LXX.

Por eso, mientras las gentes
demuestran su gran contento
y en los umbrales se agrupan
del cerrado monasterio,
ella ante el altar, de hinojos,
en el reducido templo
en oraciones se abisma
adorando al *Sacramento*.

LXXI.

Y siguen los regocijos,
hasta que con golpes lentos
doce campanadas suenan,
publicando con sus ecos
el principio de la tarde
y de la mañana el término.

LXXII.

De los júbilos entonces
se aumentan los clamoreos,
y á *Teresa de Jesús*
y al *Orden del Carmen nuevo*
se saluda por mil bocas
con entusiasmo frenético.

LXXIII.

No de los hombres tan sólo
se oyen en aquel momento

las alegrías: el campo
de seres festivos lleno
también saludar parece
á *Teresa* y al *Convento*
de Descalzas Carmelitas;
y en los llanos y en los cerros
se alzan alegres murmullos,
y brilla claro y espléndido
el hermoso sol de agosto,
la tierra envuelta en su fuego.

LXXIV.

A la postrer de las doce
campanadas, en el pueblo
las alegrías callaron
y á escucharse no volvieron.

LXXV.

También suspendió *Teresa*
sus mudos y largos rezos
á la voz de un sacerdote
que penetró en el convento,
oyéndose todavía
vibrar metálico el eco
de la postrer campanada
de las doce que se oyeron.

LXXVI.

Se llama *Julián de Avila*
el capellán, y con miedo
parece que llega. Dice
á *Teresa* con acento
no firme: –"*La Superiora*
de la Encarnación dispuesto

ha que volváis, y os ordena
que sea la vuelta presto."
—"Pués ha de ser al instante:
ahora ha de ser, ahora mesmo."

LXXVII.

Así contestó *Teresa*
con rostro tranquilo y sério;
y abrazando á las novicias
así les iba diciendo:
—"Si soy aquí la priora
del *Cármen Descalzo nuevo*,
en la *Encarnación* fuí monja,
y aúnque allí no debo serlo,
pués monja soy y me llaman,
obedecer la orden debo,
que es obedecer las siervas
deber y virtud á un tiempo.
Yo volveré, que lo quiere
el *Señor;* más si no vuelvo
altos al cumplir designios,
de Dios divinos decretos,
vosotras quedad tranquilas
en aqueste monasterio.
Y vivid en la pobreza,
firmes, sin dolor el pecho,
que Dios vela por vosotras
y por vosotras yo ruego."

LXXVIII.

Y dijo así, de rodillas
delante el altar cayendo.
Alzóse después, y juntos,
ella y capellán, salieron

á la calle con premura,
dirigiéndose al convento
de la Encarnación llamado,
y la puerta les abrieron.

LXXIX.

Mientras la hermana Teresa,
al rostro bajado el velo,
atraviesa por las calles
de Avila, en el monasterio
de la Encarnación las monjas
la esperan ya sin sosiego,
y en culparla se entretienen
y en llenarla de dicterios,
pensando que las afrenta
al fundar aquel convento
de su *Orden*, bajo las reglas
severas de San Alberto (10).

LXXX.

En redor de su priora
con alboroso estrépito
las Carmelitas calzadas
se agrupan, el ojo atento
á la puerta, cuyo marco
sirvió á la Santa de cerco
cuando al entrar se detuvo
de las miradas al peso.

LXXXI.

Y unas dicen: "*¡oh, qué escándalo!*"
y otras con airado acento:
"*¡sin relajación pretende*
la Orden del Cármen! Bueno

sería para una Santa
el pensarlo y el hacerlo."
Y otras añaden: "¡*qué afrenta*!
¡*grande, grande pensamiento*!
Si nunca pudo la madre
en esta casa viviendo
cumplir con lo relajado
¿cómo podrá con lo ascético?

LXXXII.

Y en coro todas arguyen
que lo que Teresa ha hecho
ha sido por inquietarlas;
y hay que cortar el exceso,
y hacer entrar á la hermana
en razón, y *su convento*
desbaratar, *si es posible*,
y ser posible es quererlo.

LXXXIII.

Ya las escaleras suben
Teresa y el buén maestro
Julián de Avila, que viene
con la *Santa* de escudero.
Y mientras él la consuela
y se afilia en sus adeptos,
ella piensa que le aguardan
castigos grandes, tremendos,
castigos que serán pruebas
de su amor á Dios, inmenso.

LXXXIV.

Cual sañosos cazadores
esperan, quizás con miedo,
mirar á su alcance el lobo,

y cansados del acecho
vengarse, impacientes, juran,
cuando le tengan ya preso;
y en vez del lobo iracundo
que del matorral espeso
ha de salir, ven que sale
un apacible cordero,
que en vez de dar dentelladas
manso se acerca á lamerlos;
y en risas truecan los ódios
los cazadores aquellos,
el blanco vellón de lana
acariciando sus miedos,
pensando que por lo dócil
más fácil será vencerlo:
así las monjas, atentas
entrar á *Teresa* vieron
alta la frente, los ojos
bajos, el rostro sereno,
cruzadas las blancas manos
con los brazos sobre el pecho,
y en su marcha mesurada
digno el ademán, modesto.

LXXXV.

Ninguna osó sus censuras
dirigirle, cual quisieron.
Subyugadas la miraron,
cuando orlada por el cerco
de la puerta, se detuvo,
dulce aparición de un sueño
semejando; de luz mística
inundado el rostro, bello
con su pálida blancura:

blancura que da reflejos
tal vez de la luz que al alma
de los *Santos* presta el *Cielo*:
nacarados resplandores
ya vivos, ya ténues, tiernos,
que del natural copiados
llevar, quizás, pudo al lienzo
la escuela de los Carracci
al inspirado recuerdo
de la piedad de *Teresa* (11).

LXXXVI.

Fruncido el rugoso ceño,
tan sólo la *Superiora*
con su tembloroso acento
la voz dirijió á la *Santa*,
estas palabras diciendo:
—"Al *Provincial* le remito
noticia de vuestros hechos;
mientras resuelve, reclusa
quedáis en este convento."

LXXXVII.

De pronto se escucha en Avila
un general clamoreo,
amenazante, terrible,
atronador y soberbio,
y hasta donde está *Teresa*
veloces le traen los ecos.

LXXXVIII.

¿Qué vuelve á pasar en Avila?
Ese destemplado estruendo
que vá por plazas y calles
de terror llenando y miedo

¿es acaso el alarido
anunciador de un incendio?
¿Es acaso de la guerra
el marcial y ronco acento
al toque de agudas trompas
y al crujir los duros hierros?

LXXXIX.

¡Es un motín! ¿Qué pretende
ese amotinado pueblo?
¿Quienes son sus enemigos?
¿Donde el vengador acero?
¿Por qué ruge? ¿Cuál la injuria?
¿Acaso se siente hambriento?
¿Por qué corren y se agolpan
delante del monasterio
de *Carmelitas Descalzas*?
Porque van contra el convento.

LXXXX.

¡También aquí, rencorosos,
vengativos y sangrientos
sus soplos lanzó la envidia,
y *Escribas* y *Fariseos*
levantaron tempestades
en la conciencia del pueblo!

LXXXXI.

Cuando el voto de pobreza
de las *Descalzas* supieron
¡cómo gozosas las gentes
sus cristianos sentimientos
demostraron al aplauso
de sus jubilosos pechos!

De esa pobreza los votos
ahora sirven de pretexto
para matar alegrías,
para asaltar el convento.
¡El pan de cinco mujeres
puede empobrecer al pueblo!

LXXXXII.

Por eso marcha excitado
de San José al Monasterio,
donde rezan cuatro vírgenes
libres por su fé de miedo.
Están las puertas cerradas,
las dos que tiene el convento,
y son las puertas muy fuertes,
si el edificio es pequeño.

LXXXXIII

Crece el tumulto: los gritos
y amenazas van creciendo,
y ya se acerca la noche
y aún está cerrado el templo.
Avanzan los más osados;
llevan poderoso esfuerzo;
pero al golpear las puertas
ven del altar los reflejos
y en la Custodia la *Forma*
Sagrada de manifiesto.
Y despavoridos huyen,
ya desarmados, los menos,
y caen los más de rodillas
delante del Monasterio.

LXXXXIV.

Así el motín se termina
de aquel engañado pueblo:
así se afirman las bases
del '*Orden Descalzo* nuevo (12).

LXXXXV.

Al oir *Teresa* los gritos
que en el vacío vertieron
los populares rencores,
cayó de hinojos al suelo
y en oración fervorosa
elevó al *Señor* sus ruegos.

LXXXXVI

Conforme de sus plegarias
iba en su piadoso pecho
la fé aumentando, dulcísimo,
arrobador sentimiento
embargaba sus potencias
transportándolas al *Cielo*.

LXXXXVII.

Con el alma, poderoso
oyó de Dios el acento
que le dijo:—"Nada temas,
que por tus monjas yo velo.
A mis ojos nació grato
de San José el Monasterio,
y base será gloriosa
de otros treinta, por lo menos."

LXXXXVIII.

Y vió la Santa, entre nubes
vaporosas, por el fuego

de la *Gloria* sonrosadas,
descender entre reflejos
desprendidos de las fúlgidas
grandezas del *Padre Eterno*,
á la *Santa Virgen Madre*
y á *San José*, del convento
de Descalzas Carmelitas
guardas para ser; y al pueblo
vió Teresa arrodillado,
y no cual antes soberbio.

LXXXXIX.

Del veinticuatro de agosto,
día estival y sereno,
cerró la noche apacible
bajo el azul firmamento.
Algunas ligeras nubes
apiñadas tras los cerros
rápidas llamas desprenden
de sus vaporosos senos.
Se oye el canto de las tórtolas
en el nocturno silencio
cual amorosos suspiros
de enamorados recuerdos,
y de *Teresa* se escuchan
los fervorosos acentos
dando gracias al *Altísimo*
por los bienes que le ha hecho.

LLAMADAS DEL TEXTO.

(1)—Palabras de la misma Santa. Véase la *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús* y *algunas de las mercedes que*

Dios le hizo, escrita por ella misma por mandado de su confesor. Nueva edición, conforme al original autógrafo que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.—Madrid, 1882.

(2)—*Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús.*—Tomo primero de sus obras, edición de 1881, Madrid.—Capítulo XX, páginas 87 y 88.

(3)—De una letrilla atribuida á Santa Teresa de Jesús.

(4)—*Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el maestro Julián de Avila.—Parte segunda, capítulo VI, página 203.

(5)—Idem.—Parte segunda, capítulo VI, página 204.

(6)—*Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el P. J. E. Nieremberg, de la Compañía de Jesús.—Madrid, 1882, página 28.

(7)—Ribera, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, cap. XIII, libro primero; y *Vida de la Santa*, por el maestro Julián de Avila, página 199, cap. V., parte segunda.

(8)—Dice el maestro Julián de Avila, primer capellán de la *Santa*, testigo ocular, y áun actor en el episodio que se relata (páginas 209 y 210, parte segunda, capítulo VII) lo siguiente: ...."ansi en sabiéndose en el pueblo, y habiéndose ya extendido casi por todos los vecinos de él, fué tanto el contento y hacimiento de gracias á Dios, que de todos se hacía, que no faltaba sino decir á voces, como el dia de Ramos dijeron: "Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Sálvanos, Señor, en las alturas." A este modo daban todos gracias á Dios, alabándole é bendiciéndole de ver una iglesia nueva, un monesterio edificado tan de proviso, un fundamento de religión tan perfecto, que, en el contento común de todos parescia esto pronóstico del servicio que á Dios se habia de hacer...."

(9)—*Crónica general de España*, edición de Madrid, 1870. Véase en la página 56 de la Crónica particular de Avila.

(10)—*Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el maestro Julián de Avila, parte segunda, capítulo VII, páginas 210 y 211. Dice: "Como supieron la priora y monjas de la *Encarnación* lo que pasaba, hubo un alboroto y desasosiego no menos que el que ya había en la ciudad. Los dichos que cada una decía y de la manera que la culpaban ¿quién podrá decir? Parescia se hallaban afrentadas en que se hiciese monesterio de su Orden sin relajación; y dijeron, que áun nunca la Madre había podido guardar lo relajado, que ¿cómo habia de guardar lo riguroso?: que lo que había hecho más era por inquietar las comunidades, que no por otra cosa; finalmente sin más consideración envió la priora de la Encarnación á mandar á la madre se saliese luego del monesterio que había fundado, é fuese é volviese luego á su propia casa de la Encarnación." Y en otro lugar dice: " ...en oyendo (Teresa) el mandato de la priora, luego se fué á la Encarnación, dejando solas las cuatro doncellas pobres recien dadas al hábito." En la página 212, sigue diciendo: "... Salió (Teresa) del monesterio nuevo de

San José para ir al de la Encarnación, *yendo yo por escudero y como su capellán.* Desde aquel día me ofrecí por tal, y lo he sido hasta agora, y seré hasta la muerte, habiéndolo ya sido al pié de cuarenta y dos años. Porque mientras vivió... la serví veinte años."

(11)—Santa Teresa recibiendo la comunión de mano de San Pedro Alcántara. Cuadro de figuras de tamaño natural, que se halla en el Museo nacional de pinturas de Madrid.

(12)—*Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el maestro Julián de Avila. Dice (página 210) ...."permitió el Señor, por sus juicios secretos, se ofuscasen los entendimientos de todos los principales de la ciudad, que les parescía que todo el pueblo se había de perder si no se deshacía aquella casita pequeña y pobre...; é para esto pusieron tantas diligencias como se podían poner cuando una ciudad se está abrasando con fuego para matarlo, ó como se pueden poner para escaparse de los enemigos ..." Y en la página 213, añade: "Porque fué tanto el *conato y fúrra* que toda la ciudad puso en que el monesterio se deshiciese, que no parescia sino que á cada uno le iba la vida en ello." Y más adelante: "Pero el Señor, que había dicho á la Santa Madre que la Vírgen guardaría una puerta y señor San José guardaría la otra, lo cumplieron." Y en la misma página se lee: "....y las dijo (el corregidor á las cuatro monjas nuevas) que, si no querían salir, las quebrantarían las puertas é creo lo hicieran de hecho, sino que al fin tuvieron respeto al Santísimo Sacramento, que estaba muy cerca de la portería."

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	2118	Precio de la obra..... Ptas.	
Estante.....	117	Precio de adquisición. »	
Tabla.....	2	Valoración actual..... »	

2113.